

**XII DÍA DEL PÍNFANO
CONCURSO DE RELATOS**

Por ANTONIO BENÉITEZ BALLESTA

UN ENCUENTRO CASUAL

Desde que recibí el orden del día, era consciente de la dureza de la reunión de empresa que, en breves días, iba a tener lugar en Barcelona. Por otra parte, no era la primera vez que asistía a una reunión de este tipo, en la que como era habitual y siendo finales de año, se iban a discutir temas tan importantes como, resultados del ejercicio en curso, así como, presupuestos, objetivos, sueldos y líneas de trabajo para el año siguiente. Mi experiencia me hacía ver que, la reunión, no solo iba a ser dura por su contenido, sino también por la habitual circunstancia de los de siempre, esos «compañeros» que interesados, en medrar, trepar, destacar e imponer sus criterios, aprovechan la menor oportunidad para lograr sus ansias personales, máxime como cuando era el caso, la reunión, iba a ser presidida por el omnipotente, frío, distante e infalible Director General. En pocas palabras, una reunión insoportable, de la que solo esperaba que se acabase cuanto antes.

Mi gozo en un pozo. La reunión, se inició como siempre, con la parafernalia de las protocolarias bienvenidas que se extendió en exceso; ya puestos en acción, los temas se iban sucediendo de acuerdo al orden del día, pero en un laberinto de ideas sin concretar, de idas y venidas absurdas, de discusiones bizantinas, a las que un aburrido Director General daba pié, al ausentarse de la reunión, de forma deliberada, todo ello, daba razón a mis fundados temores.

Más tarde y una vez finalizada la sesión matutina, pasamos al almuerzo. La comida se alargó en exceso, la sobremesa también, con lo cual la sesión de la tarde, se prometía, todavía más soporífera y larga que la

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

de la mañana. No fueron vanos mis temores, hasta el punto que, por orden del jefe supremo y superior, tuve que cambiar la hora y el billete del viaje de vuelta a mi ciudad, con lo cual el billete de avión, me lo cambiaron por uno de tren que como no podía ser menos, salía a muy última hora de Barcelona. Diligente, la secretaria, dejó el nuevo billete ahora de tren, junto al montón de folios, circulares y apuntes que se acumulaban a mi lado y muy próximo, al ordenador portátil que como no, desdecía todos los datos que los menos honrados, pretendían colar bajo disculpas y justificaciones sin sentido. En cualquier caso, tan absorto estaba en la reunión que no presté la más mínima atención al nuevo billete de tren.

¡Por fin se acabó, la tediosa reunión!

Con muchas prisas y muy cansado, tomé un taxi que me trasladó a la estación, sin apenas tiempo para tomar nada a modo de cena; afronto la entrega del billete al agente de tren y este cortésmente me acompaña, al coche y asiento que me corresponde. Estaba claro que...

¡Hoy no era mi día!

El billete que, tan graciosamente me habían logrado, no era de coche cama, sino de primera con asiento. Le rogué al jefe de vagón que me consiguiera un coche cama y le comenté que pagaría la diferencia, este siempre muy cortés, me aseguró que el tren estaba completo y que no existía ninguna posibilidad de ningún tipo de cambio, insistí de nuevo, pero obstinado el jefe de vagón, me negó una y otra vez la posibilidad de tal cambio. Resignado, me introduje en el departamento y ocupe mi asiento. En un principio, me encontraba solo, pero poco antes de ponerse en marcha el tren, una pareja de ancianos entraron en el departamento y tras saludarme muy cortésmente ocuparon sus asientos enfrente de mí. Él anciano, solícito atendía todas las necesidades de su esposa enferma, que había sido operada

XII DÍA DEL PÍNFAÑO CONCURSO DE RELATOS

del riñón y volvía a casa, esta, no cesaba de quejarse, con lamentos y aspavientos diversos. El viaje, se prometía de lo más interesante y cómodo.

Ahora si, muy resignado y mientras el tren iniciaba la marcha, me acomodé y me dispuse a pasar cuanto antes tan amargo trago del viaje, el cansancio, el sueño y el mal humor me ayudarían a ello.

El tren avanzaba a gran velocidad, su constante y regular traqueteo, servía como el contar ovejas tan aconsejado para conciliar el sueño, pero su efecto era absolutamente contrario, a ello hay que sumar que la anciana dolorida, actuaba y de que manera, sus lamentos, sus continuos cambios de sitio, el ir y venir de su pareja, enfermero en funciones era el antídoto para que pudiera lograr mi ansiado sueño. No obstante, en él animo de olvidar la reunión, sus consecuencias y la peripecia del viaje, me dispuse a recordar. Mi mente sin saber porqué, retrocedió muchos años atrás, nada más y nada menos que a mis tiempos en el colegio de la Milagrosa en Padrón y concretamente, al momento cuando ya finalizado el curso, nos disponíamos a subir al tren, para en compañía de bastantes amigos del internado, regresar a nuestros lugares de origen. Todo era alegría, buen humor y con grandes ganas de hacer chiquilladas. Recuerdo que para cenar, mientras duraba el viaje, las monjas distribuían entre los infantiles viajeros, un bocadillo, una pieza de fruta y un huevo cocido, a los que dábamos de forma ávida, cumplida respuesta. El tren pitaba rabiosamente, parecía que volaba, su ruido, su humo y la carbonilla inundaban, los cielos de Galicia, también los departamentos y algún que otro ojo de los pínfanos, ahora en excedencia. Eso sí, hasta llegar a Redondela de Galicia, donde su marcha, disminuía de forma alarmante para cruzar el alto y aparentemente frágil puente que cruzaba el pueblo. Siempre, me impresionó cruzar este puente, yo pensaba que en lugar de ir lento, el tren, debería atravesarlo a toda

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

velocidad, pero no se sabe que condición técnica, lograba que esto no fuera así. Con cierto temor desde la ventanilla abierta mirábamos hacia abajo, la escena impresionaba; ¡Por fin el tren cruzó el puente! Acto seguido, reanudaba la marcha a la velocidad habitual. Pasa el tiempo, avanza el viaje. Nos acercamos ahora sí, a la Galicia profunda que transcurría a orillas del río Sil. Entonces a alguien, se le ocurrió crear una competición para pasar el tiempo, se trataba de ver quien era capaz de lanzar el huevo cocido hasta el cauce del río Sil, con sus verdosas y oscuras aguas, comenzó el juego. Los huevos blancos (curiosa circunstancia ahora son marrones) salían por las ventanas, como platos blancos, en una competición de tiro de foso; el color del huevo, contrastaba con el gris plomizo del cielo y el exuberante verde del paisaje gallego, al final el exquisito fruto de la forzada gallina, o se estrellaba contra las copas de los árboles o tímidamente caía cerca del cauce del río; risas, aplausos y vitores sonaban en el interior del vagón, en clara competición con la estridente y ruidosa marcha del tren, mientras la carbonilla inundaba ahora sí los departamentos que ocupábamos los infantiles viajeros y se alojaba en ocasiones en sus ojos. Vuelta a la realidad. El sueño, jugaba con mi mente, mi mente luchaba contra el estomago y la pereza de comer algo, mi estomago reclamaba su dosis diaria de cena. Finalmente, ante la imposibilidad de dormir y queriendo dejar oír la eterna queja de la anciana, decidí ir al coche restaurante, donde aliviar mi apetito y quemar el tiempo. No cené gran cosa, todo me supo a plástico, pagué y decidí volver al asiento del suplicio. Muy cansado inicio el recorrido de vuelta. Como contraprestación a mis desdichas, la vida, me tenía reservada una agradable sorpresa. Con paso inseguro y zarandeado de un lado a otro del pasillo, por el acusado movimiento del tren, mi cuerpo cada vez más ajado, avanza hacia mi infernal departamento y asiento. En ese instante, en el otro extremo del

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

vagón, aparece una persona que con un paso más controlado que el mío, avanza hacia mí, me resulta cara conocida, algo en mi interior me dice que le conozco. Mientras yo le miro sorprendido, el viajero se me acerca, sin quitarme el ojo de encima y sonriendo ligeramente, me extiende la mano y me sorprende...

-¡Hola nueve!

Sorprendido, inicialmente dudo, mi cansada cabeza, busca ardorosamente el vínculo que, inequívocamente nos unía y así poder corresponder al saludo ¡por fin!...

-¡Hola cuarenta y uno!

Le contesté, ahora sí, sin dudar. Era Juan, el compañero de Padrón que hacía treinta y cinco años que dejamos de vernos. Nos abrazamos y de los dudosos saludos iniciales (nunca se sabe), confirmadas nuestras personalidades, pasamos a un fluido diálogo donde se mezclaban los recuerdos del pasado en el colegio de Padrón, con las realidades de hoy y en parte con los pensamientos de futuro. No me resultó en absoluto un encuentro extraño, ni mucho menos, daba la sensación de que nos habíamos visto por última vez, recientemente, no hubo dudas de tratamiento entre tú o Vd. enseguida confraternizamos, en alguna medida y forma parecían recordarme las palabras de Fray Luís de León en su vuelta la Universidad de Salamanca, tras cuatro años de cárcel, cuando pronunció aquella famosa frase de... «como decíamos ayer...» La conversación, amena se alargó y ya casi al final, cuando el sueño ahora sí se me manifestaba con toda su crueldad, le comenté la peripecia del billete. Juan, sin inmutarse y con cierta autoridad, me propuso que le siguiera, a lo que accedí a regañadientes pero sin mostrar mi contrariedad, tenía sueño y deseaba descansar cuanto antes, aunque fuera de malas formas;

**XII DÍA DEL PÍNFANO
CONCURSO DE RELATOS**

recorriendo pasillos, atravesamos algunas unidades del tren hasta llegar al coche cama.

Al llegar al lugar donde se encontraba el jefe de tren, Juan, el cuarenta y uno, adoptó una postura oficial y le solicitó al citado jefe una cama para mí. Este con cierto respeto, le indico que no era posible. Acto seguido y en un alarde de conocimiento de las obligaciones del jefe, Juan, le pidió que le indicara donde iba como jefe de tren a pasar la noche. Como dando la batalla por pérdida, este, le indico con el dedo la cama que ahora se encontraba junto a él. Juan, sin alterarse y apreciarse en él el más mínimo atisbo de duda, vergüenza o indecisión, le solicitó al jefe de tren que sacara sus objetos personales del habitáculo que iba a utilizar para dormir y que de forma inmediata, me lo cediera a mí.

Entre tanto, yo estaba pasando un muy mal rato, la situación no era en absoluto agradable, pero hay que reconocer que justa. Yo era consciente de que no había que llegar a tal situación y que por una noche, no me iba a pasar nada; así que con cierta inseguridad mediaba entre ambos, para que la situación perdiera su crudeza, nada, no conseguí nada. El duelo entre los dos, hacia olvidar mi presencia en el truculento encuentro. Finalmente, algo avergonzado, y siguiendo las pautas, ocupé el lugar del jefe de tren. Dicho sea de paso, tampoco logré conciliar el sueño. Juan y yo quedamos emplazados a la mañana siguiente para desayunar en la estación de llegada. Antes de abandonar el tren y dirigirme al bar de la estación, donde habíamos quedado, el jefe de tren se dirigió a mí para devolverme el billete, antes de cumplir su obligación, me solicitó que por favor que, no trascendiera el asunto y que hablara con Juan el inspector de policía de guardia en el tren, para que todo quedara en un ligero incidente, así se lo

**XII DÍA DEL PÍNFANO
CONCURSO DE RELATOS**

prometí, con lo cual a pesar de la desafortunada noche que le hice pasar, el jefe de tren, me agradeció enormemente el favor.

Finalizado el suceso del tren, no tengo por menos que reflexionar, parece y de hecho lo es que aquellos años en Padrón, en pura convivencia con un ciento de compañeros, no solo sirvieron para ponernos en el camino de aprendices de hombre, sino que nos han marcado de tal manera que, aún pasando los años, no importa cuantos, seguimos conservando esa recia marca de solidaridad que caracterizó nuestras infantiles vidas. Un ruego, no la perdamos y lo que es más un deseo, sigamos ejercitándola, como si fuera o como lo es, uno de los pilares fuertes de nuestra existencia. Desde aquella casual ocasión, no nos hemos vuelto a ver a Juan y yo, pero de lo que si estoy seguro es que si se vuelve a repetir, en uno u otro sentido, el resultado sería el mismo. Gracias Juan. Perdón señor jefe de tren.